

Recorrido por las psicologías de los diversos tipos de sacerdotes

Juan José García Faílde

I. ACLARACIONES

1) Estas psicologías son sustancialmente iguales a las de otros seres humanos que no son sacerdotes pues, ni el sacerdocio, ni la vida del sacerdote, ni el ejercicio del ministerio sacerdotal, ni tomando las aguas de más arriba, la vocación, educación y formación sacerdotales, son como una varita mágica que tiene el poder de cambiar la psicología natural del hombre sacerdote por otra nueva distinta que sería la psicología del sacerdote en cuanto sacerdote.

Pero sí que toda esa parafernalia propia del sacerdote en cuanto sacerdote lleva consigo el que la psicología natural del sacerdote revista en él matices que, si bien sustancialmente no la modifiquen, hagan que sea no como la común a todo ser humano sino específica o peculiar del sacerdote en cuanto tal.

2) Parte de esta psicología sacerdotal podemos conocerla por sus manifestaciones externas; pero la raíz última de esta parte y hasta la existencia de otra parte, solamente podemos conocerla, aunque no siempre con exactitud, entrando en el mundo íntimo de la persona y esto no es nada fácil (por lo menos si el propio interesado no te da las llaves de su arcano); y si todo esto se solucionara con entrar, porque resulta que para que el que entra vislumbre algo, descubra algo, tiene que andar por vericuetos llenos de enredos que no se proyectan y de laberintos que te impiden o te entorpecen la marcha aún en los casos en los que hace de guía-cicerone el propietario, si él no conoce, por

ser inconsciente de lo que guarda, o aunque lo conozca, por ser “consciente” de ello, no sabe explicarlo.

Echar mano de otros recursos supletorios utilizados en la clínica médica como la “anamnesis” o entrevista, la exploración técnica psicológica o psicopatología, es imposible en este estudio porque tendrían que ser aplicados a cada sacerdote.

La dificultad de dar en la diana en nuestro caso aumenta porque a la dificultad de la exploración y evaluación de las diversas psicologías sacerdotales, hay que añadir la dificultad de encontrar rasgos característicos de los diversos tipos de psicología y encuadrar o encajar en tal o cual grupo a tales o cuales psicologías semejantes en sacerdotes de épocas, lugares, culturas, usos y costumbres distintos, a sabiendas de que un solo rasgo no basta para caracterizar una psicología; y de que los rasgos tienen que revestir cierta continuidad o permanencia; y de que más que tipos psicológicos, lo que hay son psicologías mixtas.

3) Y no digo todo esto con la intención de granjearme la benevolencia de quienes me lean y con ello su disposición a disculpar mis errores, sino más bien con la intención de hacerles ver que ni yo mismo estoy seguro de acertar en todo lo que iré exponiendo.

4) El estudio de una tipopsicología se apoya en el estudio de lo “genético” interrelacionado con lo “ambiental”.

“Genético” es todo aquello que uno recibe como herencia de sus progenitores (digamos, sin implicarnos en exactitudes técnicas, que es lo “temperamental” o “el genotipo”).

“Ambiental” es todo aquello que uno recibe o adquiere en su encuentro con las circunstancias (prenatales, intra o extrauterinas, parto, postparto, familia, amistades, educación, estudios, salud o enfermedades, éxitos o fracasos, satisfacciones o insatisfacciones, etc.). El “carácter” o el “fenotipo”.

Genético-ambiente se interrelacionan a lo largo de un proceso complicado que va desde la concepción hasta la muerte del ser humano.

Esta interrelación puede llegar a tanto que, como ha demostrado la moderna ciencia “epigenética”, las instrucciones del ADN (lo genético) pueden ser modificadas por las influencias ambientales.

Y se calcula que alrededor del 40% de las variantes del carácter son debidas al temperamento.

II. INSTALADOS EN EL DOGMATISMO, DILEMATISMO Y FANATISMO

1) Unos son “conservadores” y otros son “progres”; unos más dotados intelectualmente y otros menos; unos mejor formados y otros peor; unos más y otros menos brillantes; unos vanidosos, otros orgullosos, otros soberbios. Los soberbios suelen ser menos tolerados que los otros porque son más arrogantes, despreciativos. Como según su nombre indica, “sobre” o “superior”, se consideran “superiores” o “por encima” de los demás; no soportan que algún otro los “abaje” o “rebaje” poniéndose a su altura o en altura superior a la suya.

2) Pero todos ellos son de ideas “fijas”, obsesivas”, de que están en la verdad y de que esta “su verdad” es eterna o perenne, irrefutable, irreformable, incambiable; por eso la mantienen anquilosada.

3) De aquí su lógico “dilematismo” amigo de la “o” disyuntiva (o “mi verdad o nada”) y enemigo de la “y” conjuntiva (“mi” parte de verdad y “tu” parte de verdad).

4) Tienen vocación de “inquisidores” que buscan si alguien sostiene ideas opuestas a las suyas; de “censores” para fustigar y condenar esas otras ideas; de “castigadores” de los que mantienen estas otras ideas, acaso hasta estos extremos llegan solamente los que son “fanáticos” conservadores-defensores de sus propias ideas.

Pero ellos reavivan en mi memoria el recuerdo atroz de lo que cuenta T. Lucrecio del siglo I antes de Cristo; Agamenón, inducido por el adivino Calcante, le prometió a la diosa Diana que si a su flota concentrada en Ántide, le concedía vientos favorables para poder vencer a su enemigo, inmolaría a la primera persona que saliera a saludarle a su vuelta de héroe victorioso. La primera persona que salió a recibirlo fue su única hija Ifigenia, que se tuvo que inmolar a la diosa. Y T. Lucrecio termina exclamando: “Tantum religio potuit suadere malorum”¹.

5) Malo fue que toda esta gente recibió “sus” ideas por herencia y no como fruto de un pensar por cuenta propia pues, las verdades, por más verdades que sean (y ya es mucho concederles la presunción de que todas las que ellos presentan como verdades, son realmente verdades) pierden actualidad e interés y con ello su influencia con el tiempo y el desuso si no se reavivan

1 T. LUCRECIO, *De la naturaleza, libro primero, verso 100* (Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos; Barcelona 1961) 12.

reformulándolas, adaptándolas. ¿De qué sirven unas monedas que ya no están en curso legal y nadie las quiere para engrosar su colección?

Si ellos hubieran tenido que “pensar por cuenta propia” para dar con su verdad, a buen seguro que no ignorarían que esa es una aventura laboriosa y expuesta al error; y al no ignorarlo serían comprensivos con los esfuerzos, riesgos, equivocaciones de cuantos se han dedicado y se dedican a esa tarea y en lugar de fulminarlos, porque según su estimación se desviaron del camino que conduce a la verdad, los hubieran acogido, los hubieran animado, los hubieran ayudado a salir de su supuesto error; no sucedería lo que por desgracia a veces sucede en la Iglesia y yo –ahora lo confieso por primera vez en público– he sido una de esas víctimas; que cuando alguien piensa y, aunque solo sea de distinta manera a “lo que tradicionalmente se lleva”, no faltan fanáticos que al carecer de argumentos de razón con los que refutar, acuden a instancias superiores denunciando para que, tras un expediente y unas averiguaciones, condenen al disidente y lo castiguen imponiéndole silencio que suele justificarse alegando, no que el castigado está en un error, sino que no es oportuno que el castigado defienda lo que defiende. ¡Como si Dios no nos hubiera dado la inteligencia para pensar libremente (y ¿por qué no también para exponer públicamente lo que se piensa?) a sabiendas de que podíamos por ello caer en errores! ¡Como si Dios no nos hubiera ordenado ser coherentes con nuestra conciencia equivocada pero honesta y honrada!

III. LOS VICTIMISTAS DE TURNO

Son sacerdotes que están tan “encaramados” que creen que “todo lo bueno les es debido”.

Por eso son “por naturaleza”, además de “desagradecidos”, “exigentes”, inconformistas”.

Son “profesionales” de las “quejas”, de las “protestas”, y si estas no son inmediata o plenamente satisfechas, también de la “indignación” y del “enfado”.

Lo que es “su” mundo (cargos, compañías, etc.) siempre les “falla” y por eso nunca “lo perdonan”.

Van consumiendo sus días en una decadencia autista, malhumorada, desesperada, que reniega de “todo” y de “todos” quedándose perdidos en una

soledad espantosa que ni siquiera ellos mismos pueden compensar porque están de sí mismos descontentos.

Todo esto está motivado, además de por un modo de ser demasiado exigente y egoísta y cuadrulado, tozudo, también, al menos en bastantes casos, por haber hecho del sacerdocio, inconscientemente, una elección espúrea para la propia utilidad junto con la hecha conscientemente por motivos puros e idealistas. Cuando en el ejercicio del sacerdocio, aquellas expectativas de conveniencia personal no logran cristalizar en realidades concretas, viene la frustración. Y con la frustración, la desilusión y la desesperanza; y con la desesperanza, el desplome del todo. Si se van malo; si se quedan, peor; malo para ellos solos; peor para los que se ven forzados a soportar su malestar.

IV. REFUGIADOS EN EL PASADO

Unos lo hacen por “nostalgia”, otros lo hacen por “resentimiento”.

Por “nostalgia” en el pasado viven aquellos para quienes el pasado les fue “gratificante” (son los de “el tiempo pasado fue mejor”).

Por “resentimiento” en el pasado viven aquellos otros para quienes en el pasado les fue mal. No triunfaron, fracasaron, reavivan heridas que no han cicatrizado y por eso el pasado es como un puñal que llevan clavado. Y hasta el recuerdo que de alguna cosa buena del pasado conservan, les amarga la vida, precisamente, porque es pasado.

Pero hay que vivir en el “presente”, aunque sin hacer tabla rasa del pasado. De lo contrario, no se vive, pues el pasado ya se fue y el futuro no ha llegado y puede que para alguno nunca llegue.

Aunque a veces vivir en el presente sea azaroso, porque, por ejemplo, haya que vivirlo a contracorriente.

V. LOS AFECTIVAMENTE INMADUROS

La afectividad es la resonancia sustancialmente de placer o displeacer (agrado o desagrado, gozo o dolor, etc.) que una vivencia de una realidad

interior o exterior tiene en una persona y que se proyecta en el desempeño de una profesión, de un cargo, en las relaciones con otros.

La realidad o el acontecimiento interior o exterior actúa como determinante de la resonancia o reacción afectiva. Esta resonancia o reacción influye en la manera de verse, de pensar, de auto determinarse, de relacionarse, de proceder en el ministerio sacerdotal de la persona.

La maduración afectiva se va construyendo en un proceso lento, con estadios o grados que se van superponiendo los unos a los otros, como los estratos superiores o más recientes de una montaña se van superponiendo a los inferiores o más viejos.

Pero a veces este proceso se va desarrollando con retraso y otras veces se queda “parado”. Freud habla de “fijación”, un estado de “inmaduración” que ya no progresa a la maduración.

La importancia que la maduración afectiva tiene en el ser y en el obrar de una persona es enorme. Es un requisito indispensable para la “integración” psicológica de la persona, que consiste en que lo racional prevalece sobre lo instintivo e impulsivo, dominándolo para que no se salga de su demarcación; y con ello mantiene regulado el desempeño de un oficio, de un empleo, de una profesión, etc. y las relaciones interpersonales.

De ahí que cuando un sacerdote es afectivamente inmaduro (y en muchos sacerdotes la maduración afectiva deja mucho que desear) difícilmente tiene una capacidad suficientemente reflexiva; difícilmente tiene un grado significativo de autogobierno, de autocontrol, de autodominio; se paralizan todas sus centrales energéticas; por miedo, la relación interpersonal que debiera marchar por cauces tranquilos es sustituida por satisfacciones equívocas inmediatas; ansiedad por el trabajo, el placer de la comida, de la bebida, del juego; evasión o escapes hacia amistades afectivas peligrosas al menos por incontroladas y aún queda un problema que a nivel global nadie se ha atrevido a tocar, el tema sexualidad-afectividad.

VI. INMERSOS EN LA SOLEDAD

Cierto grado de soledad es compañero inseparable de cada ser humano por ser cada ser humano “único”, irrepetible, no del todo conocido ni del todo comprendido, no del todo comunicativo, etc.

Por eso cada hombre, además, está sólo, “se siente solo”, porque está realmente solo sin que de esta soledad logre sacarlo su connatural “relacionabilidad” o necesidad de vivir con otros en sociedad, comunidad, colectividad, no solo para recibir, sino también para darse y con lo uno y con lo otro “completarse”.

Unos “mejor” o “peor” o “igual” que otros, conllevan esta soledad sin traumatizarse o amargarse por ello, sino más bien con la “normalidad” de quien sabe que además de ser algo natural, es algo inevitable y hasta cierto punto algo beneficioso.

Pero algunos solamente con amargura y con desolación la viven y, por lo tanto, de algún modo son vividos por ella porque son dominados por ella hasta neurotizarse.

El sacerdote, sin dejar de ser un ser humano “relacionable”, ha hecho consciente y libremente (aunque no con la plenitud de consciente y libre que lo hubiera hecho, si otra formación en relación con esto le hubieran dado) una elección no sólo de esos expuestos grados de soledad, sino también de otros grados superiores (algunos de ellos aunque se supone que sí lo hicieron y aunque parece que así lo hicieran, en realidad no lo hicieron, no porque se negaran a hacerlo, sino porque su condición anómala psicológica no les permitió hacerlo con la requerida consciencia y libertad).

Me estoy refiriendo a esas otras cotas de soledad que traspasan la raya de las cotas corrientes, como son las que provienen de la renuncia a la disponibilidad de sí mismo para ponerse a disposición de los demás (esta disponibilidad no hay que medirla solo por el tiempo en que “trabaja”, que bien corto es si se compara con el tiempo que otros dedican a su profesión, a su oficio, a su empleo, a su cargo, etc.; sino también por el hecho de que el sacerdote está a disposición de los demás durante todo el tiempo del día y si es necesario, también de la noche); renuncia a la intimidad/convivencia con una “pareja”; aunque no por ello tenga que renunciar a la compañía necesaria o útil ni a la amistad limitada con la mujer.

Pero algunos sacerdotes no aceptan ni viven con normal naturalidad sino en traumas de frustración, de insoportable sufrimiento, etc., las cuotas de soledad comunes a todo ser humano o por lo menos, las propias de ese estado sacerdotal y en lugar de llenar su vida de compañías legítimas, como la de Dios, la de la oración, la de la ilusión en el desempeño del rol sacerdotal, la de amistades sanas masculinas o femeninas, la del amor a sus familiares, etc. (que aunque no conlleven la supresión total de su soledad, por lo menos le ayudan a no llevar esa soledad como un peso que le aplasta) lo que hacen es ahondar el desagradable sentimiento de estar, de verse, de soportar el verse “solos”, entregándose aturdidos al activismo exagerado, a la bebida, al juego, a amistades peligrosas, etc., que aumentan el mal como el suplicio de Tántalo, como el agua salada que cuanto más se bebe más sed da.

Las causas que provocan ese rechazo de la soledad y esa incompatibilidad con ella pueden ser bastantes y en un caso distintas de otro. Algunas serían las siguientes. La inmadurez afectiva, a la que acabo de referirme. El hecho de que el desarrollo normal de la persona hubiere estado bloqueado, al menos parcialmente, por impulsos emotivos provenientes de necesidades afectivas que fueron desplazadas fuera de la conciencia (y que por ello la persona las ignoraba) pero que influyen, condicionan, limitan la capacidad de aceptación y de vivir con naturalidad cierta situación. La nula o deficiente o incorrecta formación para entenderse con los vacíos que produce la soledad. El abandono total o parcial de los valores espirituales. El fracaso o sentido de inutilidad de los esfuerzos puestos en el ministerio sacerdotal (¿cómo no sentirse solo o al menos seriamente expuesto a sentirse solo quien ya no sabe qué hacer con su sacerdocio, qué rumbo darle, etc., porque nadie parece interesarse por lo religioso e incluso porque al menos a algunos lo religioso les estorba, les amarga la vida, etc., etc.?). Es muy fácil aconsejarles a estos sacerdotes venidos abajo, solos, etcétera, que es preciso seguir animados, seguir en la lucha, etc., pero esto de nada o de muy poco sirve para sacar del hundimiento a quien ha perdido el norte; e incluso tratar de participar de su vida para que no se encuentre ni se sienta tan solo, puede terminar en “la soledad de varios sólo físicamente acompañados”.

VII. ZARANDEADOS POR CRISIS

1) Hay en la vida de los hombres crisis “parciales” o relacionadas con alguna parcela de la misma, como por ejemplo, la crisis de fe, la crisis de obediencia, etc., y crisis “prácticamente totales”, que suelen afectar a todo el entramado de su persona, de su hacer.

2) Las causas de las unas y de las otras suelen ser bastantes y el influjo de las unas y de las otras no es el mismo en todos los que las padecen. En el apartado que dedico a sacerdotes de mi generación y de la generación inmediatamente posterior a la mía, expongo las causas principales que, en alguno de aquellos sacerdotes, provocaron o pudieron provocar crisis de una u otra categoría. Aquí me centraré en otras causas de naturaleza más general, que han producido crisis diversas en bastantes sacerdotes de cualquier parte del mundo que han alcanzado una edad avanzada y que fueron formados para una sociedad inmóvil que resultó ser una sociedad sometida a una transformación y cambios incesantes.

3) La secularidad, la mundanidad, es un desafío que, sobre todo cuando es imprevisto, deja la identidad sacerdotal y el rol del ministerio sacerdotal a la intemperie, expuestos a ser combatidos y vencidos por la racionalidad crítica, lo mismo que deja a la intemperie esa exposición a lo religioso, que es la razón de ser y la razón del ministerio sacerdotal.

4) El sacerdote que animado por unos ideales religiosos aceptó libremente el sacerdocio y el dedicarse en cuerpo y alma a implantar al menos parte de esos ideales en los demás, para que los demás los vivieran con el convencimiento e ilusión parecida o igual a su convencimiento e ilusión, va comprobando que culturalmente se ponen en duda de modo sistemático esos valores y que muchos de los que al menos aparentemente le consideraban no tanto como persona, cuanto como sacerdote, “se le van” y comienza a vivir en la incertidumbre, “¿Por qué?”; ¿no estará a la altura de lo que la vida actual exige en lo religioso, en lo moral?, ¿no tendrá que dar a los problemas que esa vida actual plantea soluciones más realistas?, ¿no se habrá quedado dormido en su poltrona sin preocuparse de actualizar, de modernizar, de adaptar los conocimientos que le dieron de estudiante haciéndoselos pasar como “perennes”, inmodificables, etc.?

El caso es que este sacerdote se ve atrapado entre la necesidad de ser útil y la sensación de impotencia, junto con los auto reproches, las autoincul-

paciones que rebajan su autoestima y acaban con su ilusión de seguir adelante y de mejorar; una toxina que circula por la corriente de la vida y la envenena, como la destrucción la mina físicamente.

Y vienen el desánimo, el desaliento, la tentación de dejarlo todo para no seguir siendo un extraño a sí mismo y un extraño a los demás; la atonía y algo que se acerca, si no lo es realmente, a ese grado de angustia básica que, según Ivan Fillich, todos los humanos experimentan sobre todo en momentos de tensión estresante, y que solo puede tolerarse en su forma pura durante breve tiempo, por lo que debe ser compensada por alguno de los recursos de la jerga psicológica analista como la autoafirmación, la sublimación, la represión, etc.

El cuadro psicológico que presentan muchos de estos sacerdotes es desolador; héroes de ayer derrotados hoy; semidioses dorados ayer, destrozados hoy; jueces comprensivos de los demás aunque implacables consigo mismos hoy; si no soy como debo ser y como los demás quieren que sea; si no puedo hacer lo que quiero y lo que los demás quieren que haga, ¿para qué seguir?, ¿para qué luchar?

4) Los que de la crisis no salieron o salieron de una manera negativa, son los que abandonaron el sacerdocio y los que, sin abandonarlo, siguen ejerciéndolo solo pasando por él como una sombra sin rumbo, flotando sin metas y sin dirección, en un ir tirando sin plantearse nada; viviendo su sacerdocio de modo dividido; simultáneamente lo aman y lo odian; su identidad más íntima está formada por su mundo de reproches, desajustes y rabia. ¡Qué terrible dilema! O someterse y condenarse a no ser uno nunca o rebelarse dañando, rompiendo y destruyendo y ¡qué compromiso también para el que intenta romper la terrible coraza, liberar al yo cautivo e implantarlo, sin salirse de las propias fronteras institucionales, en otra tierra! Y esto deja a veces heridas que cicatrizan mal si cicatrizan.

Es la distancia insalvable entre lo que uno realmente es (parasitando en la institución) y lo que ese mismo desea ser sin poderlo conseguir. Esta distancia tiende a aumentar y con ello tiende a aumentar la insatisfacción del individuo. Una insatisfacción que se proyecta sobre las estructuras de la institución y se sigue un fenómeno de distorsión perceptiva que impide al sujeto dar un juicio objetivo sobre el mundo exterior y que le lanza a reinterpretar gradualmente a su modo (muchas veces distorsionado), el significado auténtico de ser sacerdote y de desempeñar un rol o ministerio sacerdotal. La

conclusión lógica sería la salida, pero muchas veces la conclusión ilógica es la permanencia, aunque sólo sea porque la institución en muchos aspectos es “protectora”.

5) Otros salieron de la crisis de forma “positiva”.

La física con el término “resiliencia” se refiere a la capacidad de un material para recuperar su forma original después de haber sido doblado, estirado, comprimido, deformado, etc.

Desde hace décadas este término, “resiliencia”, se emplea también en un sentido “psicológico” para designar la capacidad humana general para resistir los embates de la adversidad y afrontarla de forma efectiva; para recuperar el mismo nivel de vida anterior al trauma, e incluso, para salir fortalecido de la experiencia adversa (esta última capacidad ha recibido el nombre específico de “crecimiento postraumático”).

Quien tiene una salida “positiva” de la crisis, experimenta en sí mismo una especie de “transición” que paulatinamente ha ido produciendo la germinación de un nuevo ser, un cambio de carácter proyectivo de metas precisas.

Uno vuelve a ser uno mismo. Ser uno mismo es ser coherente y auténtico, tener una idea y una línea de actuación que tienen un sentido y que traducen lo que somos y lo que pretendemos aun en los mismos actos, conforme a un plan previamente elaborado.

Esto ha conllevado el ponerse de acuerdo con uno mismo como consecuencia del orden interior que uno va alcanzando dentro de sí; el no entregarse al aturdimiento a través del activismo; el huir de la dispersión que conduce a vivir fuera de sí, condenados a no tener contenido alguno, e ilusionados inútilmente de poder llenar el vacío propio interior con elementos externos. Quien vive en la dispersión no se posee; es poseído por los acontecimientos en los que la personalidad se pierde. Es preciso también encontrar a Dios, en el que vivimos amamos y existimos (Act. 17,28), “el centro propio de cada uno” (S. Juan de la Cruz, *Llama viva de amor* 1,3). Esta invitación a la interioridad es una recomendación eminentemente Agustiniiana (*Confesiones*, X, 27).

6) Y en cuanto a todo esto positivo, coinciden otros muchísimos sacerdotes que nunca pasaron por semejantes crisis por las que otros pasaron.

Yo he conocido y tratado, y me he relacionado con gran amistad, con alguno de estos sacerdotes de espíritu templado en las fraguas del coraje, que resplandecen como un metal inhiesto, que no se dobla ni se tuerce ni

se malea, que anima el frágil barro del que estaban fabricados y que en mí contagiaron el orgullo de ser sacerdote.

VIII. SACERDOTES ANCIANOS

Me refiero únicamente a los sacerdotes de mi generación y de la generación tanto inmediatamente anterior como inmediatamente posterior a la mía, que poco antes o después de alcanzar la adolescencia fuimos pasando por situaciones unas trágicas otras gozosas que mucho influyeron en nuestro modo de ser y en nuestro modo de obrar sacerdotales. Hasta el punto de que algunos abandonaron y otros quedamos en la institución, pero teniendo que revisar muchas cosas y enterrar lo muerto (como la cosmovisión religiosa como único valor social, el modelo de cura “mandamás”, “cacique” o “influyente”, “inapelable”, omnipotente) para poder recuperar el poder vivir en una Iglesia madre y en un sistema democrático dentro de una sociedad laica y pluralista; cuidar lo incurable (una cierta esclerosis en el modo de situarse y de llevar a cabo la tarea, el deterioro físico y mental degenerativo, el cuidado en este sentido tuvo que ir en la dirección de contener más que de rehabilitar); curar lo sanable y conservar y estimular lo sano (recuperar si se ha perdido, y si no se había perdido, darle sentido, robustecerlo, distinguiéndose de los demás sin complejos ni añoranzas, adaptándose a los tiempos, superando todo resabio de egoísmo por mucho que se deba pagar por ello).

1. HIJOS DE LA GUERRA

La guerra se había derramado primero por España y después por Europa como un jarro de sangre.

Crecimos en el espanto de los ruidos, de los fuegos de muerte, entre ruinas y escombros, viudas en su plenitud de vida enlutadas, huérfanos desvalidos, jóvenes mutilados. Lágrimas de padres, abuelos, llorados o sin llorar (que son las que más duelen) porque se quedaron en el fondo del alma sin poder salir afuera. El dolor o la rabia había resecaado el lacrimal y había vaciado las cuencas de los ojos; pero ¡cómo gritaban pidiendo paz, paz, aquellas lágrimas!

Los que aún éramos niños no sabíamos bien lo que pasaba y jugando lo vivíamos todo, que jugando es la única manera con la que los niños lo viven todo. Pero ¡algo nos dolía por dentro! Sabíamos que los hombres morían, pero comenzamos a saber que los hombres se mataban, aun siendo hermanos de una misma familia, si la contienda les había sorprendido en territorios distintos de una misma patria, en bandos políticos opuestos, militaban muchas veces por rivalidades entre familias de un mismo pueblo y sin saber o sin saber apenas que defendía cada partido.

¡Dios mío!, ¿Por qué nos lo enseñaron?, ¿Por qué nos enseñaron tan pronto? ¿Por qué nos enseñaron tan pronto que “media España moría por la otra media”? (Larra).

¿Por qué tan pronto vivíamos con el terrible
terror de que “ya hay un español que quiere vivir y a vivir empieza
entre una España que muere
y una España que bosteza,
Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios,
una de las dos Españas ha de helarte el corazón”
(Antonio Machado).

Tuvimos que hacernos a la necesidad de convivir con las privaciones, con la hambruna, con la miseria, con los odios que no acababan de apagarse en el corazón de algunos.

Pero teníamos que sobrevivir, teníamos que sobreponernos, teníamos que ir labrándonos un futuro que fuera mucho mejor, infinitamente mejor que nuestros malheridos y mal hirientes pasado y presente. Y para ello teníamos que olvidar, soñar, proyectar, prepararnos comenzando por seguir nuestros estudios de escuela, aumentándolos en diversos centros superiores de enseñanza y de aprendizaje de entidades públicas, tanto del Estado o de la Iglesia, o de entidades privadas.

Y “estudios” digo porque verdadera o correcta “formación” en esos centros no se daba.

Disciplina, mucha disciplina bien dirigida por minuciosos reglamentos y, por lo tanto, orden, mucho orden sí que había. Si de ello te salías ¡ya sabías

a que te exponías! Al castigo, que aunque en sí no fuera insoportable para lo que éramos eran duros.

El único recurso que para eludirlo nos quedaba era el de ser “obedientes” aunque fuera a costa de recortarnos más de lo debido el ejercicio de la libertad. ¿Qué de extraño que a veces nos sintiéramos encarcelados siendo nosotros los carceleros?. Bien se nos hubiera podido aplicar aquello de Blas de Otero “Ángeles con alas de cadenas” y aquello de Goethe “más esclavos por no saber que éramos esclavos”.

“Ausentes forzados del mundo estábamos”, como ausentes del mundo estaban aquellos centros y aquellos llamados “formadores”, porque teníamos que estar, como plantas delicadas en un invernadero, no fuera que el viento fresco del mundo nos resfriara.

Pero no vale pedirle “peras al olmo”. Aquellos dirigentes, por bien intencionados que estuvieran y por buen ejemplo que nos daban, no podían proceder de otra manera pues nada expertos eran en humanidad, en sensibilidad, mundanidad, psicología, pedagogía, ¿estaban ellos correctamente formados?

2. VATICANO II

Llegó el Concilio Vaticano II que a aquellos que como estudiantes en las susodichos centros o en las universidades de la Iglesia o del Estado o por esos mundos de Dios (pueblos o ciudades) de apostolado andábamos, acostumbrados a una Iglesia casi “de puertas adentro”, aferrada a una tradición fría, rigurosa y rigorista, monolítica e inmóvil, nos presentaba para implantarla en todos los hombres una Iglesia pluralista; de ventanas abiertas que, además de maestra, quería ser madre comprensiva y dedicada también a curar al mundo malherido en todos los caminos, una Iglesia que quería ser primavera que enterrara con sus flores y frutos el otoño y el invierno.

El Concilio Vaticano II en el que la Iglesia madre había dado a luz, como en un quirófano, a la Iglesia hija, era la misma Iglesia que la Iglesia hija, pero la hija era la Iglesia madre remozada. Nos pedía, nos exigía, revisarlo todo, replantearlo todo después de comprobar el grado de consistencia o de inconsistencia de nuestras rentas heredadas para conservar e incrementar unas y tirar por la borda otras; esto equivalía en principio a poner en entredicho

todas esas rentas y por lo tanto a atacar indiscriminadamente en principio todos nuestros sistemas de seguridad que nos daban tranquilidad.

Y esto naturalmente hizo que todos viviéramos unos momentos de confusión y de zozobra por no saber cómo saldríamos de la revisión; momentos de intranquilidad debida al temor de no acertar y de que por tanto, todo se viniera abajo.

Unos no pudieron soportar la prueba y se fueron y desde ese momento algunos de ellos nos empobrecieron porque eran ejemplares y brillantes y todos nos dejaron en la mente y en el corazón una profunda herida que tardó mucho tiempo en cicatrizar porque aunque no lo queramos reconocer o queramos olvidarlo, no existe herida más grande para cualquier colectividad humana que el hecho de que buena parte de los suyos se van precisamente porque no pueden realizarse dentro de la misma al lado de los que se quedan.

Otros se quedaron, pero “quemados”, afectados de “acedía”, “tedio de la vida”, ese virus melancólico que desintegra el “yo” y que es ese malestar en todo y por todo acompañado de ese sentimiento de no estar a gusto en donde se está y de que ya no es tiempo de probar caminos alternativos hacia la integridad.

A unos y a otros los “mató” el cambio repentino e inesperado porque tampoco hubo opción para el ensayo.

3. LA DEMOCRACIA

Llegó la democracia y con ella llegó supuestamente la “igualdad” de todos. El sacerdote había pertenecido a los “notables” de la sociedad, vivía bajo palio agasajado (o por lo menos respetado) por todos, menos por una minoría de anticlericales que trataban de zaherirlo con alfileretazos de mal gusto que lo “destronara”. Protegido y privilegiado por los políticos de turno ante los que tenía cierta influencia (lo que este cesaropapismo o cesaroclericalismo tuviera de utilitarismo para quien lo manejaba, a Dios se lo dejamos); el sacerdote, claro, se sentía satisfecho de ser lo que era y de ejercer de lo que era.

Pero llegó la democracia que aunque se veía venir le cayó a la “casta” de aquellos sacerdotes como a uno le cae mal, muy mal, una ducha de agua fría inesperada en una mañana gélida de invierno.

El sacerdote quedó desorientado al quedar desposeído de aquel bagaje que le había mantenido en el pedestal; ahora tendría que ganarse con sus propios esfuerzos el prestigio que en cierto modo le habían venido regalando; y se sintió desarmado y por lo menos algunos se vinieron abajo, temerosos de no poder ser lo que en cuanto sacerdote tenían que ser y de no poder realizar un ministerio sacerdotal útil (el miedo suele paralizar toda maquinaria creadora de energías).

4. JUBILACIÓN

Y por si algo faltaba, llegó también la jubilación.

En la población general la jubilación suele ser anticipadamente deseada y preparada (aunque no faltan quienes la rehúyen y, por eso, si pueden, tratan de “retrasarla”).

Pero para la mayoría de los sacerdotes la jubilación no es deseada y por eso la previsión de su pronta llegada suele ser traumática.

Quizás ello se deba, en general, a que el sacerdote ha hecho del desempeño de su ministerio sacerdotal “vida de su vida” y por ello dejarlo definitivamente es para él como un morir a sí mismo, lo cual evidentemente cuesta. Es duro, muy duro, despedirse de todo o decirle adiós definitivo a todo aquello que en general durante mucho tiempo ha sido el ser de tu ser y el ser de tu existencia, sobre todo si además te ha sido gratificante y te has agarrado a él como se agarra una uña a su carne hermana.

Y eso ¿a cambio de qué? ¿De la ilusión sin ilusión de seguir viviendo en la memoria de algunos que sin duda pronto dejarán de recordarte a pesar de sus promesas o en la memoria de otros que sin duda muy pronto hasta se olvidarán de haberte conocido? Además de que mejor sería que no te tuvieran que recordar porque no te jubilas y te tienen con ellos.

Duro, durísimo es para el jubilado contemplar desde su retiro las hojas caídas del árbol en otoño amarillentas como la sangre de las ausencias y pensar que qué pronto serás como ellas.

Pero hay que irse a tiempo, antes de que te echen, para dejar abierta la puerta por la que entre quien te sustituya. Y para hacerlo como la cosa más natural conviene recordar con S. Agustín que “omnis res quia contingens finem habet et omnis res quae finem habet brevis est”.

5. ANCIANIDAD

Más tarde o más pronto viene en la jubilación, si se sigue viviendo, la ancianidad, que es como la culminación fisiológico-psíquica de una enfermedad que uno ya trae al nacer.

La ancianidad, por tanto, es un mal, fuente de muchos males, por más que algunos se esfuercen no sé si para engañarse a sí mismos en exaltarla llenándola de elogios.

Pero hoy, debido entre otras causas al prolongamiento de la vida, la ancianidad se ha convertido en un problema individual, familiar y social acuciante y a veces hasta insoportable.

En la sociedad moderna industrial y productiva el valor que se le reconoce en muchos casos a la persona es el valor productivo y el anciano además de no ser productivo es una carga por ser fuente de gastos, aun cuando no esté enfermo, porque si está enfermo la marginación, rechazo y condenación pueden elevarse a la enésima potencia.

Y lo que de la sociedad digo lo aplico en cuanto a algunos ancianos a los familiares, incluidos los propios hijos.

Esto no puede no crear en los ancianos que están “en sus cabales” y por lo tanto se dan cuenta, situaciones verdaderamente “angustiosas”, graves, a la vez que experimentan que la vida se les va como el agua por los dedos de una mano extendida que no se puede cerrar; no cabe aquí la falsa representación de Zenón de Elea de la distancia y el tiempo que le impiden a la flecha llegar a su destino o a Aquiles alcanzar la tortuga; nada se detiene; el pasado se agranda como un gigante, el presente huye y el futuro se achica como un enano; desde el edificio que se va desmoronando en ruinas una voz clama “vida”; no es la de Voltaire pidiendo “luz, más luz” en la agonía pero es la voz del instinto de conservación, sellado en nuestro código genético, que se resiste a quedarse en cenizas.

Como Jorge Manrique escribió “todo se torna graveza cuando llega el arrabal de senectud” porque la vejez nunca viene sola, siempre acompañada llega del agriarse del carácter, de la falta de horizontes, del aburrimiento, de la disminución de fuerzas, de las dolencias.

¿Qué tenemos que hacer? Todo menos “tirar la toalla” y hundirnos en la “nada” porque no podemos volver a la juventud que fuimos y nos pasamos la vida envidiando las flores y la primavera desde un invierno que no nos

resignamos a aceptar en lugar de dedicarnos a repartir los frutos que todos hemos cosechado.

De la juventud que fuimos debe surgir la serenidad que supere la vehemencia; del optimismo de entonces, la esperanza; de la alegría ruidosa y fácil de ayer, el apacible y agudo sentido del humor; de la búsqueda inquieta de la felicidad, el saboreo del bien poseído; de la necesidad vehemente de amar y ser amado, la derrota de todo egoísmo.

Ciceron en su “De Senectute” nos invita a aceptar la vejez con mansedumbre; “molliter”, sin asperezas, sin revolverse; se diría en castellano, “aguantando”, “resignándose”; pero a mí me parece poco y por eso añadiría “ilusionados”, “esperanzados”, “confiados” en resucitar que es el premio supremo al empeño o por seguir vivos o por esperar morir y entrar en lo que Bernanos llamó “los brazos amorosos de Dios”; es como tener brasas en las manos y soplar para alumbrar una hoguera; cada hoguera es distinta pero en sus rescoldos andamos todos.

Es el hombre la única criatura capaz de contemplar su propia consunción progresiva y de esperar confiado su recompensa más allá de las estrellas; si de veras no lo ve o lo mira con ojos indiferentes es, no nos engañemos, porque sus arterias han entrado en fase leñosa o en fase de incredulidad.

El destino de la mayoría de los ancianos son las casas de acogida. Y la vida en ellas, por desgracia, deja mucho que desear. Unas veces por culpa de sus dirigentes, otras por culpa de los dirigidos.

No entraré aquí al trapo de la culpa de los dirigentes consistente, por ejemplo, en no estar atentos a los problemas de los residentes que forzosamente tienen que ser muchos debido a su edad, etc., y menos aún si cabe a la solución de los mismos, como si no fueran ellos servidores de los residentes sino, por el contrario, los residentes fueran servidores de ellos.

Me voy a fijar, eso sí, en la parte que corresponde a los mismos residentes.

En estas casas suele haber mucho más “individualismo” que “solidaridad” hasta el punto de ser centros más que de “convivencia” de “coexistencia”; cada uno va a lo suyo y los demás que “se las compongan como buenamente puedan”. No es que falten ni la mínima cortesía, ni la imprescindible disposición a arrimar el hombro cuando las circunstancias lo pidan.

Hay algunos con vocación de “inquisidores” y de “censores”, como “deshollinadores” que por las chimeneas andan en busca de suciedad o como

“policías” bolígrafo y libreta en mano a la caza de cualquier transgresor para imponer la correspondiente sanción aunque ¡no faltaba más! con disimulo y sonrisas o amables gestos. Ven la mota y si no la ven, la inventan en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio.

Aunque no soy quién para dar lecciones a nadie ni debería darlas para que no se me replicara “médico, cúrate a ti mismo”, aquí van unas ocurrencias cuya puesta en práctica quizás pueda hacer más llevadera nuestra vida en común:

a) Convivir y no simplemente coexistir como líneas paralelas que nunca se encuentran, aunque tampoco se desencuentran.

Y convivir es ante todo y sobre todo interesarse, sin entrometerse, por la vida de los demás al mismo tiempo que a los demás se les brinda la posibilidad y la oportunidad de formar parte de tu propia vida.

Los puntos cardinales sobre los que debe girar el esfuerzo por este compartir son variados.

Tener un conocimiento objetivamente exacto del “yo” y de mis circunstancias, algo que por diversas causas es arduo, difícil.

Conocer el propio “yo” es conocer como soy, cómo pienso, cómo siento, cómo me comporto (porque “operari sequitur esse”; tal obro, tal soy).

Conocer mis “circunstancias” es ante todo y sobre todo conocer los “porqués” soy como soy y me conduzco como me conduzco, ya que nada es sin razón objetivamente suficiente y nada se hace sin razón objetiva o subjetivamente suficiente.

Saber, por ejemplo, por qué reacciono así ante tal acontecimiento y de este otro modo ante tal otra situación; por qué “X” me cae bien e “Y” me cae mal y “Z” me cae regular; por qué en el que me cae bien no veo más que virtudes y en el que me cae mal solamente defectos y en el que me cae regular mitad virtudes y mitad defectos.

Conocer “mis circunstancias” es también conocer las motivaciones “inconscientes” por la que me decidí a ser sacerdote y por las que procedí de una o de otra manera en el ejercicio de mi ministerio sacerdotal ya que esto puede repercutir, como aclararé, en mi modo de actuar ahora. Se trata de un conocer del que estoy hablando “especial”, un conocer no meramente intelectual sino además afectivo, volitivo, parecido al conocer que Dios tiene del hombre que conlleva el hecho de que Dios se interesa por el hombre.

Efectivamente.

A nadie se le oculta que muchas veces tomamos decisiones de poca o de mucha monta movidas más por emotividad que por razones.

En no pocos que deciden ser sacerdotes influyeron para tomar esa decisión, además de los valores o ideales puros de vida conscientes como la imitación de Cristo, el servicio a los demás sin las cortapisas que conlleva la existencia entregada a sacar adelante una familia o el desempeño de un cargo o de un oficio profano, motivos inconscientes (y por inconscientes ignorados por el interesado), espúreos, como el de ascender de categoría social, etc., que no neutralizan la fuerza de aquellas motivaciones conscientes ni por tanto invalidan la elección pero que sí empañan aquellas motivaciones conscientes y consiguientemente aquella autodeterminación y pueden crear serios problemas en el futuro de esos sacerdotes si las mismas no son suficientemente satisfechas.

El “yo ideal” (que es consciente, es el que el individuo desea ser o llegar a ser) puede ser incluso proyección problemática al menos en parte del “yo latente”; el servicio, por ejemplo, a los demás, puede tener como fin la satisfacción de una profunda necesidad de dependencia afectiva; el respeto a las opiniones ajenas puede proceder de un sentimiento inconsciente de inferioridad que le impida al sujeto expresarse libremente.

El conflicto inconsciente tiende a perpetuarse porque no es nunca conocido tal cual es; el que lo está pasando es consciente de que lo está pasando, pero ignora de qué proviene (ignora, por ejemplo, si es el resultado de unas necesidades, exigencias, etc., no satisfechas).

La distancia entre el “yo ideal” y el “yo real” (entre lo que el individuo desea ser y lo que el individuo realmente es) tiende a aumentar y con ello tiende a aumentar la insatisfacción del sujeto que repercute en sus relaciones con los demás. La fuente de esta insatisfacción no puede ser reconocida por el interesado a causa del carácter inconsciente de la misma.

b) Luchar por limar, pulir, rectificar aquellos aspectos de mi personalidad que impiden o dificultan la relación día a día con los demás.

Esto va desde los llamados “prontos de carácter” hasta la utilización de esquemas rígidos, intransigentes y herméticos de susceptibilidad, etc.

c) Esforzarnos por tener un conocimiento lo más exacto posible de los demás por más difícil que sea pues, aparte de que “cada uno es cada uno y tiene sus cadaunadas”, cada ser humano es un “misterio insondable” incluso para sí mismo.

d) Soportar las rarezas, las cosas extrañas de los demás, lo cual es en el fondo aceptar ante todo que todo ser humano sufre el desgaste feroz con que el tiempo lo mutila y lo desgarr.

e) Revisar de vez en cuando nuestro modo de ser, nuestro modo de sentir, nuestro modo de pensar, nuestro modo de comportarnos por si hay algo en todo ello que haya que corregir o suprimir o añadir.

f) Conocer la realidad en la que se desarrolla la convivencia; conocimiento que se vertebra en dos direcciones; el conocimiento de la situación concreta y el conocimiento de las personas que encarnan esa realidad.

Este conocimiento es necesario para “entender” y “comprender” lo uno y lo otro y “respetarlo”; “entenderlo” es verlo todo desde la perspectiva de los otros; “comprender” es hacerse cargo; “respetar” es disculpar, no tener en cuenta, no pasar factura.

g) Ser constructores de “puentes” en lugar de ser constructores de zanjas o de muros de separación.

Por ser “constructores de puentes” entiendo aquí “hacer de puente”.

Hacer de puente entre uno mismo y los demás es tarea dura y difícil porque hay que asentarse en las dos orillas y ser fiel a las dos; y depender de las dos es servir a las dos; y servir a las dos puede exigir que una –la propia de uno– renuncie a muchas cosas en favor de la otra –la ajena–. Sale, pues, caro para uno el hacer de puente.

Un puente tiene que soportar el peso de los que pasan por él; en un puente cuenta mucho la resistencia, el aguante.

Un puente vive en el desagradecimiento; nadie se queda a vivir en un puente, aunque muchos se quedan a vivir bajo un puente que es vivir bajo la protección del puente.

La tarea posterior a la del servicio de un puente suele ser la de acostumbrarse al desagradecimiento y al olvido; nadie después de que ha pasado por un puente se vuelve para darle las gracias; incluso un puente suele ser lo primero que se bombardea en una guerra por parte de la orilla a la que ya no le es útil o le perjudica el puente.

6. MIS CORESIDENTES

Ahora sí, ahora puedo y debo entretenerme un rato con todos y cada uno de los que conmigo conviven en esta casa solariega a la que Dios me trajo como si me concediera el premio gordo de una suculenta lotería en la que en medio de mis personales y de las caseras limitaciones inevitables, me encuentro, tal cual vulgarmente se dice, “como pez en el agua”.

Todos los que conmigo en esta casa cohabitan caminan mirando al suelo unos más y otros menos como esas ramas cargadas de frutos de los árboles de una huerta; y cuando yo me encuentro con ellos me recuerdan sin recordármelo que los frutos que cosechan los doblegan mientras yo, en silencio, me pregunto si no será también que tienen los ojos cansados de tanto mirar al cielo para mejor ver la tierra.

El caso es que me parecen de espíritu templado en las fraguas del coraje que resplandece como un rico metal invicto que anima el frágil barro del que están fabricados.

Y al sentirme orgulloso de ser sacerdote, me hacen recordar que el mundo está lleno de seres desconocidos sin los cuales no podríamos por lo menos ser lo que somos; un personaje de Pirandello se vuelve a los espectadores y les pregunta: “vosotros ¿creéis vivir? No es cierto. Remasticáis la vida de los muertos” y yo digo de estos sacerdotes ejemplares “vivos”, desde luego, que, aunque encorvados tengan la mirada clavada en el suelo, repetirán en sí mismos el título de la obra de teatro de Casona “Los árboles mueren de pie”.

He visto también el hacha de la muerte pasar a mi lado sin siquiera mirarme para derribar algunos árboles sagrados. ¡Hermanos míos que os fuisteis sin decirme al menos adiós y que mi alma dejasteis despedazada! Sigo oyendo vuestras voces desde la hondura del pozo que en mí excavasteis al marchar y aunque sé que de mejor vida gozáis quisiera devolveros al mundo de los vivos de esta orilla en paralelo al griego Orfeo que bajó para arrancar a su joven esposa Eurípides de las garras de Hades.

Y por más que me digo, quizás como un medio inconsciente de espantarla, que la muerte nada es para mí porque cuando estoy no está y cuando está no estoy, me golpea el recuerdo de lo que Ernst Hemingway recoge del poeta inglés del siglo XVII John Donne: “La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad” (eco esto último de la voz de Terencio del siglo IV antes de Cristo; “humanus sum ideoque nihil huma-

num a me alienum esse puto”) y apostilla Hemingway “por consiguiente no preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti”.

Las enfermedades, huéspedes inoportunos que a todas las puertas llaman, nos zarandean sin piedad como huracanes desatados a las motas de polvo, a pesar de que recibir las no queremos aunque fuera por aquello del derecho romano “peius ejicitur quam admititur hospes”.

Y unos y otros, unos más y otro menos, con ellas tenemos que vernos, combatiéndolas para echarlas o al menos para que no acaben con nosotros, con una farmacia de fármacos.

Veo a alguno que otro “desmemoriado” o casi “ido” como una película muda que empezara a hablar del “pasado”, de “sus tiempos”, paladina confesión de que ni el futuro ni el presente les pertenece; a alguno que otro perdido en el agujero negro del Alzheimer o del Parkinson malditos; a algún que otro “inválido” como niños de cuna indefensos; que son todos ellos en el fondo víctimas de un deterioro del cerebro que se niega a dar las órdenes oportunas o de una columna vertebral que se niega a transmitir esas órdenes para que todo se ponga en movimiento psíquico o fisiológico.

Y con Dios me encaro para pedirle cuentas “¿por qué?” sin que Dios me responda acaso porque no hay que preguntar “por qué” sino “para qué” que nos hace mirar retrospectivamente a Cristo en la cruz paciente y muerto.

La gran mayoría va haciendo su camino hacia una eternidad gozosa sin cansancio ni aburrimiento, por más que de cansada y aburrida la calificara Miguel de Unamuno antes o después de haberla deseado en su capolavoro de “El Cristo de Velázquez”.

A todos y a cada uno, mis queridos hermanos en esta casa solariega que nos cobija, os la deseo mientras que entretanto os despido con el abrazo de estos versos esperanzadores de Santiago Castelo:

Todos tenemos que morir. Tenemos
que irnos acostumbrando a esta partida;
todos sin más – de labio en flor la herida
tierra, en tierra de amor, polvo seremos.
Abriremos los brazos. Sembraremos
nuestras manos de espigas y de vida
y otras manos esperando la henchida
cosecha de los siglos. Viviremos

en aquellos que siguen nuestros pasos,
el nuevo niño, la boca que en el beso
busca morder la niebla y el estío.
Viviremos en albas y en ocasos
y nadie notará nuestro regreso,
la misma agua seremos de igual río.